

UNA APROXIMACIÓN A LA CRÍTICA, CONTROVERSIA Y DEBATE EN TORNO AL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA¹

An Approach to Criticism, Controversy and Debate about Populism in Latin America

Dory Luz González Hernández

El pueblo es el resultado de un movimiento centrípeto: de los individuos atomizados a la unidad del “cuerpo político”, a la soberanía. El Uno es el punto final de este movimiento centrípeto.

Paolo Virno, *La gramática de la multitud*

Dory Luz González Hernández

Doctorando en Estudios Sociales de América Latina de la Universidad Nacional de Córdoba, Magister en Investigación Social Interdisciplinaria de la Universidad Distrital, Especialista en Pedagogía del Lenguaje Audiovisual de la Universidad el Bosque, Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital.

E-mail: doryluz.gonzalez@yahoo.com

Resumen

El populismo como estilo de conducción parece un fenómeno complejo que tuvo en la Latinoamérica siglo XX un campo propicio de desarrollo, tanto en lo empírico como en lo teórico. Teniendo en cuenta esa batería de estudios, ¿Pueden hoy ciertos líderes calificarse como populistas? El presente artículo ensaya una respuesta tratando de establecer características comunes con el pasado, más allá de las diferencias desde las posiciones ideológicas de los líderes del presente.

Palabras clave: populismo, Latinoamérica, neopopulismo, discurso.

Abstract:

The populism, as a type of leadership, seems a complex phenomenon that took root, particularly in the Latin America of the Twentieth Century. Its importance was reflected both in theoretical as in empirical studies. According with these studies: can some of the actual leaders, be categorized as populists? This article attempts to answer this

¹ El presente artículo de reflexión es resultado del proyecto de investigación, titulado: “Un acercamiento a las propuestas epistemológicas del siglo XXI en América Latina: repensar la región desde la educación, la familia y el desarrollo humano.”, financiado por la Corporación Universitaria Republicana en la convocatoria I+D+I marzo de 2015- marzo de 2016.

question, seeking to establish common features with the past, beyond the actual differences in the ideological positions.

Key words: Populism, Latin America, neopopulism, political discourse.

Introducción

El populismo como concepto suele multiplicarse en definiciones, pero es en América Latina donde toma un vuelo particular. Es así como el subcontinente, contexto de complejos fenómenos políticos, se convierte en un lugar donde suele desarrollarse ese tipo de praxis en el liderazgo en medio de ciertas complejidades dialógicas entre gobernantes y gobernados.

Así, el debate sobre el populismo se inicia, precisamente, en la denominación que se le ha dado a ciertos liderazgos de la región y a sus inclinaciones ideológicas. A ese tipo particular de conducción se les ha asignado el adjetivo de “populista”, bien sea por la relación estrecha con el pueblo de los líderes, o por la clase de su discurso o por la oposición a las clases dominantes. Lo cierto es que la discusión no ha logrado cesar las polifonías que se entretajan alrededor del término, debido a la controversia que remite al populismo como un fenómeno propio del siglo XX y que, por lo tanto, contradice la figura de los *neopopulismos* de reciente existencia en América Latina asignado, específicamente, a los líderes del llamado *socialismo del siglo XXI*.

Dado lo anterior, la siguiente reflexión pretende recorrer algunas de las concepciones sobre el populismo como categoría de la filosofía política, en las que se evidencian encuentros y desencuentros. El objetivo es explorar en los meandros epistemológicos que subyacen alrededor del término. Adicionalmente se busca analizar la estrecha relación de los líderes denominados “populistas” y su directa sincronía con el pueblo, elementos que proponen un juego de dialécticas sugestivas de revisar.

Por otro lado, uno de los apartados del presente escrito, lo constituye la interpelación que se ha realizado en la actualidad sobre el concepto de *neopopulismo* - aún en construcción y discusión-, término que para algunos expertos no tiene contenido propio, mientras que para otros representa la manera de identificar procesos recientes en el campo de lo *popular*.

Por último, el artículo finaliza el recorrido teórico con una aproximación al discurso político y al carisma del líder, vistos como elemento indiscutible del concepto populismo.

Reflexiones en torno a la categoría de populismo

El populismo es otra de las tantas categorías surgidas de la epistemología europea. Su aparición se produjo en la Rusia zarista con los llamados *narodnichestvo*², conductores carismáticos que lideraban a los campesinos a través de discursos sobre el problema agrario de ese momento y las desigualdades que éste producía. La traslación del populismo al escenario de América Latina tiene su origen al inicio del siglo XX, puesto que las condiciones socio-económicas eran las propicias para el surgimiento de este fenómeno. Como lo señalan Ansaldi y Giordano, para los casos particulares de la Argentina y México, dos de los países donde el fenómeno tuvo un desarrollo más temprano:

En Argentina, el populismo fue respuesta a la crisis de la democracia liberal, encarnada en el reformismo (“hegemonía pluralista”, según la expresión de Waldo Ansaldi; o “hegemonía compartida” en los términos de Alfredo Pucciarelli) de la experiencia de la UCR en el gobierno, y más tarde, a las contradicciones propias de una restauración conservadora mal lograda. En México, fue freno a la eventual mayor radicalización de la revolución, en el contexto de la crisis de la década de 1930, tal como se advierte en la exitosa (para sus promotores) desarticulación del bloque obrero-campesino durante la presidencia de Cárdenas (Ansaldi y Giordano, 2012: 101).

De esta manera, la reproducción del fenómeno en territorio latinoamericano se manifestó en las tres principales economías de la región, aún en medio de contextos sociales bastante dispares. Tanto la Argentina de los años cuarenta con mayor desarrollo relativo, reducida pobreza y desigualdad, como en Brasil y México una década antes³, el populismo como fenómeno encontró su expresión más acabada. Bajo un esquema de conducción que apelaba a los sentimientos del pueblo y establecía claros amigos y enemigos se desarrollaron gobiernos que marcaron la historia, tales como en el México

²² El término hace referencia a los populistas rusos de 1860, que reivindicaban una reforma agraria y mejores condiciones para un campesinado marginado, los “narod” que en ruso significa pueblo y los “narodnik” que significa populista.

³ Los dos países más poblados de América Latina, naciones que presentaban profundos problemas sociales, altísima pobreza y desigualdad.

de Lázaro Cárdenas [1934-1940], el Brasil de Gétulio Vargas [1930-1945 y 1951-1954] y la Argentina de Juan Domingo Perón [1946-1952 y 1952-1955]. La particularidad del fenómeno extendido en esos años, eran la presencia de líderes carismáticos, con discursos que apelaban a la nacionalidad y a las tradiciones, que utilizaban la movilización de los crecientes sectores urbanos mientras multiplicaban las promesas de profundas reformas sociales que llevaran a la inclusión de los sectores populares, presentando, como enemigo, a las tradicionales clases dominantes. Se trata éste, del perfil de conducción al que muchos autores llaman *populismo clásico*. Otros, por su parte, lo definen como el único populismo de la región, desvirtuando otras conceptualizaciones (Ansaldi; 2012, Dussel; 1983, Borón; 2012). Más allá de estas disquisiciones, Drake (1982) señala una etapa previa al populismo clásico revisando el escenario histórico, expresiones que el autor enrola en el término *populismo temprano o protopopulismo*. Este fenómeno específicamente se produjo con la aparición de la Unión Cívica Radical (UCR) en la Argentina, o más bien, con el protagonismo público de su líder Hipólito Yrigoyen quien supo encarnar los reclamos de las nuevas clases medias del país en contra de las elites conservadoras que venían gobernando desde la consolidación de la Argentina como Nación, a mediados del siglo XIX. Es así como Yrigoyen, apoyado en sus características carismáticas, triunfó en las elecciones de 1916, las primeras con sufragio universal y voto secreto. Yrigoyen contaba con el apoyo de las clases medias y populares, con lo que logró desarticular la hegemonía tradicional del conservadurismo. Pero su segundo gobierno concluyó abruptamente en 1930, con el primer golpe militar argentino en el siglo XX, mientras el nuevo periodo conservador de democracia restringida (el partido radical se hallaba proscripto) sería interrumpido por el advenimiento del “populismo clásico” de emblemático Juan Domingo Perón, a mediados de los años cuarenta.

Por otro lado, la categorización de Drake (2012) no se extingue con la identificación de posibles etapas previas al populismo clásico. También indica la existencia de una posterior que llama *populismo tardío*, un fenómeno que incluye no sólo el apoyo popular sino el protagonismo de las fuerzas armadas. Bajo esta categoría, nos indica Drake, se puede incluir los populismos de Luis Echeverría (México, 1970-

1976), José María Velasco Ibarra (Ecuador, 1934-1935, 1944.-1947, 1952-1956, 1960-1961, 1968-1972), el último gobierno de Perón (Argentina, 1973-1974).

Más allá de la propuesta de Drake, existen otras iniciativas de clasificación, que incluyen al controversial *neopopulismo*, una categoría bajo la que se suelen agrupar distintas ideologías de izquierda o de derecha, lo cual representa una novedad. Es así como bajo este rubro, se incluyen algunos gobiernos de inclinación hacia la derecha como el de Carlos Menem (1989-1999, Argentina), Alberto Fujimori (1990-2000, Perú) y Abdalá Bucaram (1996-1997, Ecuador), entre otros. Se trata de líderes que apelaban a su carisma, en contextos económicos antes defenestrados para el populismo, en medio reformas estructurales, políticas de apertura económica, desregulación y privatizaciones, medidas que dieron paso a la aplicación del Consenso de Washington⁴ en los años noventa. En la actualidad, la categorización se extiende a gobiernos de distinto perfil ideológico, incluyendo dentro de la familia de los *neopopulistas* o *populismos contemporáneos*, a dirigentes de ideas muy diversas, como los denominados líderes del socialismo del siglo XXI, Hugo Rafael Chávez (Venezuela), Rafael Correa (Ecuador) y Evo Morales (Bolivia); y los presidentes de la denominada ultraderecha como Álvaro Uribe (Colombia) o Vicente Fox en México. Lo que queda claro es que independientemente a la ideología, sea derecha o sea izquierda, lo que se pondera es el estilo de conducción del presidente, y su discurso.

Finalmente, para resumir, presentamos la Tabla 1, con la identificación de los diversos momentos de populismo en la región, de acuerdo a la categorización realizada por la politóloga Flavia Freidenberg (2007), siguiendo la idea que lo que importa es el estilo de conducción del presidente, más allá de la inclinación ideológica:

⁴ Luego del fin del modelo ISI (industrialización por la sustitución de importaciones), América Latina realizó el tránsito a un nuevo modelo económico, que debía darse por el giro a la democracia que muchos países del continente habían realizado; ese modelo económico naciente era el neoliberalismo, producto del llamado Consenso de Washington, que se convirtió en la ruta para establecer dicho modelo, bajo los siguientes puntos: 1. Cambios en las prioridades del gasto público, 2. Reforma fiscal, 3. Apertura económica y liberación comercial, 4. Apertura a la inversión extranjera, 5. Privatizaciones y 6. Políticas desreguladoras. Estas estrategias políticas fueron utilizadas en los discursos populistas, para lograr la inmersión al mercado y al mundo global.

Tabla 1. Tipos de populismo según Freidenberg

Denominación	Período	Países	Gobiernos
Populismo temprano	Primeras décadas del siglo XX	Argentina	Hipólito Yrigoyen
Populismo clásico	Décadas de 1930, 1940 y 1950	México Brasil Argentina Ecuador Chile Perú Colombia Uruguay Ecuador	Lázaro Cárdenas Getulio Vargas Juan Perón José M. Velasco Carlos Ibáñez Víctor Haya de la Torre Jorge Eliécer Gaitán Benito Nardone Abdalá Bucaram
Populismo tardío	Décadas de 1970 y 1980	México Argentina Ecuador Panamá México Perú	Luis Echeverría Juan D. Perón José M. Velasco Arnulfo Arias José López Portillo Alán García
Nuevos populismos (neoliberales)	Décadas de 1980 y 1990	México Argentina Brasil Perú Ecuador	Carlos Salinas de Gortari Carlos Menem Fernando Collor de Melo Alberto Fujimori Abdalá Bucaram Ortiz
Nuevos populismos (antineoliberales)	Década de 1990	Bolivia	Carlos Palenque Max Fernández
Populismos contemporáneos	Finales de la década de 1990 e inicios del siglo XXI	Ecuador Ecuador Bolivia Venezuela	Álvaro Noboa Pontón Rafael Correa Evo Morales Hugo Chávez

Fuente: Freidenberg, Flavia (2007: 55)

Atendiendo a la diversidad de personalidades, ideologías y contextos de la clasificación de Freidenberg, se presentan renovados interrogantes referidos a la epistemología del término. De alguna forma, se hace necesario iniciar un recorrido exhaustivo que atraviese la categoría, revisando las sendas que llevan a las características comunes y las relaciones que acercan, pero también analizando las diferencias que distancian y complican.

Dentro de este contexto de revisión es que recordamos que, en un primer lugar, el populismo se asume desde dos frentes distintos; por un lado, el lugar de desarrollo y consolidación de las reivindicaciones populares, y por otro, desde el escenario de crisis económicas y radicalismos políticos, lo que origina que su definición sea compleja y su asignación histórica, ambivalente.

Asumiendo esa ambigüedad, es que Laclau (2005) en su libro *La razón populista*, afirma la necesidad de extraer el término de la vaguedad conceptual en que lo han sumergido, por ello sugiere rescatarlo de la marginalidad en el campo epistemológico de las ciencias sociales. Pero el tema para este autor no concluye con la posibilidad del mejoramiento en la categorización. Para Laclau, el populismo, como fenómeno, excede la categoría teórica, más bien se convierte en una esfera significativa que adereza la política en sí misma. Es así como el populismo laclauiano, ya no concentra sus características sólo en el uso de herramientas demagógicas o en la utilización de cualidades carismáticas para crear adhesiones, sino en un fenómeno que garantiza la democracia, al articular las demandas insatisfechas, al hacer participar a las masas. De esta forma, la razón política según Laclau, es “populista” en sí misma:

El síndrome populista [...] es mucho más vasto que su manifestación particular en la forma o contexto de una determinada política, o de cualquier tipo específico de sistema político o tipo de política... democracia, totalitarismo, etc. Esto sugiere que el populismo estará mejor considerado como un énfasis, una dimensión de la cultura política en general, y no simplemente como un tipo particular de sistema ideológico general o forma de organización. Por supuesto, como ocurre en todos los tipos ideales, puede estar muy próximo a ciertas culturas y estructuras políticas, como aquellas denominadas hasta ahora “populistas” (2005: 29).

De esta manera, Laclau (2005) comprende la variedad de populismos, retomando la clasificación de Canovan, como veremos seguidamente:

Tabla 2. Tipos de populismo según Canovan

Populismos Agrarios		Populismos Políticos	
Denominación	Ejemplos	Denominación	Ejemplos
Radicalismo agrario	El partido del pueblo de los EE.UU	Dictaduras populistas	Perón en Argentina
Movimientos campesinos	Levantamiento verde de Europa del este	Democracias populistas	Las convocatorias a referendos y a la “participación”
Socialismo intelectual agrario	Narodniki rusos	Populismos reaccionarios	George Wallace y sus seguidores
		Populismo de los políticos	Coaliciones no ideológicas, que se benefician con la unificación del “pueblo”

Fuente: Laclau, 2005.

La clasificación anterior propone un recorrido por la designación del populismo como una categoría que supera lo discursivo y la figura del líder carismático. De tal manera que Laclau, aborda el populismo como una resignificación política, con posibilidades de engranaje con las reivindicaciones de las clases populares y el resurgimiento del pueblo como unidad en el todo, del hacer político.

Una visión que discute Dussel (2012), quien afirma que lo populista no es necesariamente una definición de pueblo o de comunidad política –discusión que se llevará a cabo más adelante—. Desde este contexto, Dussel advierte que la posición de Laclau trata de regresar al populismo a un escenario positivo, asignándole a lo popular la totalidad de la comunidad política; pero, dice, en realidad, no es más que una de las partes que la componen. Para Dussel, el término “pueblo” tiene un alcance diferente, engloba sectores, clases y grupos en lucha, en conflicto, en reclamo constante: “Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, a la gran masa irredenta” (2012), una visión de pueblo en la ebullición del conflicto permanente que nada se ajusta a la de Laclau.

Más allá de estas disquisiciones, existen otras sendas en la definición de populismo, como la de Atilio Borón (2012), que lo asume como un fenómeno del pasado:

El populismo, concebido en atención en sus rasgos estructurales falleció hace largas décadas y cualquier intento de resucitarlo no puede sino crear un fantasma, una figura espectral que de poco o nada sirve para entender las especificidades de la política latinoamericana a comienzos del siglo actual. Su imposible resurrección se explica por varias razones: por la desaparición de uno de sus polos clasistas que le sirvió de sustento, la burguesía nacional; por la fragmentación y atomización de su antagonista, la clase obrera, antaño organizada (2012: 131).

Dentro de este contexto de análisis, es que Borón afirma que es imposible hablar de “populismo” en otro escenario que no sea el de los clásicos o tardíos populismos; pues, realmente, esos liderazgos se construyeron sobre el nacionalismo y en condiciones socio-económicas específicas que dieron paso al surgimiento de la clase media y/o burguesía industrial. Es así como Borón sostiene que no puede llamarse populismo a lo que sucede en la región en plena inicio del siglo XXI en condiciones socioeconómicas diferentes. Por lo que llama a asignarle el nombre a los fenómenos políticos actuales por lo que verdaderamente son: socialismo en lo que respecta a Chávez (Venezuela), Correa (Ecuador) y Morales (Bolivia). ¿Por qué? Porque en estos países se produce un proceso de transformación social, política, económica y cultural hacia el escenario del socialismo; por ello, asignarle el apelativo de populismo es minimizar un proceso significativo para el continente.

Igualmente, señala Borón, no pueden denominarse populistas y mucho menos socialismo a otros fenómenos políticos de la región, en figuras como Luiz Inácio Lula (Brasil)⁵, Cristina Fernández y Néstor Kirchner (Argentina), José Mujica (Uruguay), Michelle Bachelet (Chile), que distan mucho de escenificar procesos populares o atender al socialismo (generación de igualdad social).

Más allá del contenido ideológico del proceso, De la Torre establece su visión del populismo que contradice a Laclau, acentuando las características de la conducción, el uso del carisma para fines políticos lo que resulta en la manipulación de las masas:

⁵ A pesar de los logros significativos alcanzados por Luiz Inácio Lula da Silva, quien gobernó en Brasil [2003-2011], Borón (2010) establece claramente que este gobierno no puede llamarse populista, aun cuando recibe el apoyo del pueblo; pues declara él que entre Chávez y Lula existe una diferencia diametral, en el que el primero pretende establecer un socialismo, mientras Lula se caracteriza por no tener un carácter emancipatorio y mantener su mirada en satisfacer políticas económicas del Imperio (2010).

El populismo es un estilo político basado en un discurso maniqueo que presenta la lucha del pueblo en contra de la oligarquía como una lucha moral y ética entre el bien y el mal, la redención y la rutina. El líder es socialmente construido como el símbolo de la redención, mientras que sus enemigos son creados como la encarnación de todos los problemas de la nación. El líder dice ser un nombre común del pueblo que, debido a sus esfuerzos sobrehumanos, se ha convertido en una persona extraordinaria. En lugar de desarrollar una ideología el líder pide a sus seguidores que confíen en su honestidad y en la dedicación que pone para cuidar los intereses de la patria y del pueblo (2013: 59).

Podemos asumir que esta visión se corresponde con la más tradicional en las ciencias sociales, una mirada un poco despectiva que se centra en la evidente manipulación desde los intereses de liderazgo del conductor. Desde esta perspectiva, se entiende el populismo como un mal que debe desarraigarse de las conductas políticas del continente ya que, en realidad, opera en contra de los intereses del colectivo. Se asume que el poder se construye y se mantiene sólo por la capacidad discursiva de un líder que es capaz de controlar y manipular al grupo social, denominado en algunos casos masa, en otros, pueblo y en otros, electores.

Freidenberg (2007) plantea algunas de las condiciones que hacen posible el surgimiento de los populismos, que se conjugan en las condiciones socio-económicas que conllevan a desigualdades sociales marcadas, atadas a una crisis política de profundos cimientos, con un Estado ineficiente, un sistema de partidos político débil. En resumen, el populismo se entiende hasta aquí como una forma de conducción política supeditada a vinculación estrecha entre gobernante y gobernado (o a lo que se define como “pueblo”) y al talento discursivo del que detenta el poder y su capacidad para interpretar las necesidades.

Desde esta perspectiva y más allá del discurso, ¿el populismo se presenta entonces como una alternativa real para paliar las dificultades sociales, políticas y económicas de las naciones, sobre todo las latinoamericanas? La respuesta es incierta. Por un lado, no podemos afirmar que este tipo de liderazgo traiga consigo las soluciones a los múltiples problemas sociales de la región, pero lo cierto es que son esas condiciones las que facilitan que los líderes populistas surjan y adquieran protagonismo en contextos que les permiten cautivar al pueblo, la masa o los electores, con discursos que se presentan cercanos a sus problemas y demandas. Tal como señala Flavia

Fleidenberg, desde esta capacidad para interpretar el contexto y las necesidades de muchos es que puede explicarse la reproducción del fenómeno y que se puede

Entender el populismo como un estilo de liderazgo, que se caracteriza por la relación directa, personalista y paternalista entre líder y seguidor, en la que el líder no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, habla en nombre del pueblo y potencia discursivamente la oposición de éste con “los otros”; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas y/o al intercambio clientelar que tienen con él (tanto material como simbólico) conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno (Freidenberg, 2007: 12).

Es así como el “discurso” del líder se convierte en un elemento nodal del fenómeno, ya que es el vaso comunicante con aquellos que se consideran “pueblo”.

El discurso y el mundo simbólico: ¿estrategias del populismo?

Es importante destacar que, los líderes populistas no siempre acceden al poder. De ahí la diferenciación entre populismo y líderes populistas. Tal es el caso de de Jorge Eliecer Gaitán (Colombia)⁶ quien, a pesar de no haber llegado al poder, puede catalogarse de “populista”. Es el caso de un el líder popular, un caudillo capaz de generar identidad con el pueblo y ubicarse dentro de la escena de las reivindicaciones sociales y las necesidades de dicho pueblo, más allá de alcanzar el poder desde lo formal. De esta manera, el líder populista debe presentar algunas características indispensables, como lo señala Dussel: “el pueblo puede estar convencido racionalmente de un plan político, pero subjetivamente debe objetivar en alguien, en su honestidad, entereza, valentía, sabiduría” (2012: 174) Lo que nos advierte Dussel (2012) en este reconocimiento del líder, tiene que ver con lo pragmático en sí del ejercicio político, es decir, en el momento cuando la *masa* o el *pueblo*, deciden actuar y depositan en el “otro” la confianza.

⁶ El liderazgo de Jorge Eliecer Gaitán dentro de las clases “marginales” o “populares” en la ciudad de Bogotá, ocasionó que ante su asesinato dichas clases se levantaran en el conocido *Bogotazo*, que no fue más que una larga jornada de asesinatos y vejámenes por parte de un grupo de personas adoloridas por su caudillo, pero que no tenían orientación y claridad política hacia donde dirigir su frustración. Por ello, parece que la condición de pueblo como sujeto político actuante, desaparece ante la guía y la retórica del “líder populista”, como sucedió en este caso.

La lucha de un pueblo se concreta en la figura –casi siempre de un hombre– que posee las características puras de un ser mítico, que es capaz de luchar contra el sujeto u objeto antagónico –la clase dominante– por obtener el premio o el triunfo –las reivindicaciones sociales–. Así se convierte ese líder en el interlocutor válido de ese “otro”–pueblo– que lo respalda, lo valida y lo constituye en el *padre*:

Se entiende que el *liderazgo* es investido de autoridad por el mismo pueblo que necesita una cierta conducción. Pero al mismo tiempo le impone condiciones de fidelidad a sus luchas (en el sentido de lo que hemos llamado poder obediencial). El pueblo crea el mito del liderazgo, lo necesita, lo apoya, lo maneja y puede sufrir una gran desilusión (2012: 175).

Dussel describe la relación que aparece con el líder populista, la entrega del “pueblo” que parece incondicional pero que encierra un peligro, la desilusión. Desde contextos complicados, muchas veces de crisis, de instituciones débiles, se enviste de autoridad al personaje que se percibe como fuerte. En otros escenarios más estables, sólo se necesitan instituciones fuertes y un *líder* “débil” que se establezca como mediador; sin embargo, en momentos de crisis, la figura del *líder* fuerte resucita, un hombre que se percibe como el de las soluciones cercanas al “pueblo”, sin intermediarios ni normas que lo restrinjan. Es así como la figura del *líder* populista apunta más a ejercicios no democráticos y a un pueblo en anomia, un pueblo cuyas expectativas son paradójicamente altas, que se entrega al líder personalista, pero que a su vez, tiene poco margen para el desencanto.

Otras posturas sobre los *líderes* “populistas” lo asocian con sus características carismáticas de manipulación. Señalan que este tipo de conducción florece gracias a: “su demagogia, en fin, por atributos subjetivos que supuestamente explican el comportamiento político emotivo y no racional de sus partidarios” (Germani citado por De la Torre, s.f.: 71). Desde esta perspectiva el líder populista dirige sus mensajes a los sentimientos, a lo emocional. Se asume, entonces, que el populismo es un tipo de liderazgo más adecuado para poblaciones no educadas, lejanas a los análisis racionales.

Es importante recordar que el líder populista puede surgir o no de la organización de un sistema de partidos o, simplemente, de un proceso clientelar, de una u otra forma se espera una masa dispuesta a establecer una relación de identidad y compromiso. Para algunos autores es más fácil el surgimiento del líder popular en las

masas desorganizadas y atomizadas que requieren una figura para lograr la armonía y unificación de las exigencias y reivindicaciones.

Para Freidenberg, las características del líder populista se pueden resumir en el siguiente cuadro:

Tabla 3. Características del líder populista según Freidenberg

Característica	Descripción
Inspiración	Motiva a los miembros del grupo a superarse gracias a las cualidades del conjunto
Consideración	Motiva a los miembros del grupo a movilizarse debido a las cualidades del conjunto
Gratificación	Recompensa las actitudes y los comportamientos de cambios de valores y creencias, que experimentan los seguidores del grupo
Identificación	Representa a la vez la encarnación del proyecto colectivo y la adhesión de las mayorías

Fuente: Elaboración propia con base en Freidenberg 2007, pp. 31-32.

Lo anterior se asocia con otras características específicas de identificación, paternalismo, hiperpersonalización, cuyos seguidores creen que posee cualidades heroicas y míticas; el líder debe poseer un discurso con una retórica definida y una relación de inclusión de las masas al proyecto político que propone y como ya mencionamos, una capacidad elemental de captar a sus seguidores desde lo emocional.

Frente a estas consideraciones es indispensable el análisis del instrumento primordial del líder para comunicarse con sus adeptos: el discurso. Dussel (1983) propone un análisis del discurso populista teniendo en cuenta que el discurso oral es un texto político de los más usados en el escenario de las decisiones y la representatividad democrática y no democrática. Para ello, Dussel (1983) utiliza el análisis lingüístico de estructuras narrativas realizadas por Vladimir Propp (1958), Algirdas Greimas (1971) y Gilberto Giménez. Desde esta perspectiva, observa la manera en la que opera las relaciones constructivas dentro del cuento y las traslada a las formas discursivas del populista; así se enuncia un objeto deseado, La función del líder es superar los pasos y pruebas que le permitan ser reconocido socialmente, demostrar sus cualidades y ser glorificado como el poseedor de lo deseado. Y es en ese momento de pruebas superadas que como Hércules, en la mitología, se convierte en héroe.

Señala Dussel:

Pensamos que el héroe-donador mítico, el actante D¹ es cumplido por el personaje “Líder populista”, objeto de la confianza, lealtad y reconocimiento por parte del sujeto, masas campesinas o marginales o inicialmente trabajadores industriales. Su posición es análoga a la de la mítica tradicional (1983: 39).

En esa relación directa que entabla, el líder populista muestra su empatía. Su discurso refleja los deseos íntimos de sus allegados. Dice lo que quieren escuchar y cómo lo quieren escuchar. Un texto que valida también su figura singular, la del “héroe”, que encarna las cualidades del hombre mito, la lucha y el triunfo frente a los adversarios.

Así, ejemplifica Dussel, hablando de Lázaro-Cárdenas, el presidente mexicano:

El héroe-donador tiene conciencia y obligación en fecundar historia, en promover la donación del “objeto” a su pueblo, el destinatario; su actitud paternal está siempre presente: “Está en nuestro deber garantizar la vida del campesino [...]. Y siguiendo los lineamientos expresados podremos (nosotros) en manos de los campesinos los instrumentos necesarios para que ustedes mismos se hallen capacitados para defenderse de las agresiones de que son víctimas (1983: 40).

El discurso populista suele establecer claramente un “nosotros”, los buenos, los desposeídos injustamente en oposición a los “otros”, los malos, los poderosos, siempre con ventaja. La definición del nosotros, suele partir de una palabra casi peyorativa, que desde su repetición se dignifica, se valoriza, dimensionando la discriminación y desvalorización de los otros. Es así como para Velasco Ibarra (Ecuador) el “pueblo” es “chusma”, para Perón los nuestros son los “descamisados”⁷ (1983).

El mensaje y el canal por donde se comunican los discursos constituyen uno de los triunfos del populismo. La manifestación popular del apoyo popular un signo del triunfo. Desde ese contexto, la calle, la plaza, la manifestación se convierten en el escenario y la entonación apasionada, simbólica y axiológica, el himno, Todos signos del encantamientos del héroe, que logra el objeto de deseo y trae ante sus seguidores el resultado de su conquista.

⁷ Se refería a los obreros que no usaban camisa y corbata para trabajar.

Por otro lado, en el discurso populista suelen encontrarse presente tres actores diferenciados: los amigos o ayudantes, los enemigos, traidores u oponentes y el conflicto. La sensación es la de un abismo que separa, que divide, que lastima.

Dussel lo ejemplifica así:

Cuándo se encuentren amenazados en sus personas por los elementos que en la sombra organizan los enemigos de ustedes Lázaro Cárdenas. “[...] Obra de una generación de políticos caducos, de militares mercenarios al servicio del imperialismo y de una oligarquía de Cipayos y vende patrias [...]” Juan Domingo Perón. “Yo sé muy bien de dónde provienen estos movimientos subterráneos, ruines y miserables de gentes que se atreven en el Ecuador como si la patria no tuviera memoria de sus miserias de hace poco tiempo [...]” J.M. Velasco Ibarra (Dussel, 1983: 45).

Desde estas características del fenómeno típico del siglo XX en nuestra región, ¿podemos hablar de populismos del siglo XXI?

¿Nuevos populismos?

Aunque anteriormente, se había tratado ya el tema de la denominación de nuevos populismos y el debate alrededor de dicho término, es pertinente acercarse a las polifonías que se entretujan en su denominación.

Algunos teóricos como Ansaldi (2012), Dussel (1983; 2012) e, incluso, el mismo Borón (2012) han descartado la posibilidad de llamar a los fenómenos de los noventa y los de comienzos del presente siglo como populistas. Sin embargo, otros teóricos tales como Laclau (2005), De la Torre (2013), Quintero (2005) los han abordado y concluido que se trata de nacientes populismos o nuevas oleadas populistas.

Para referirse al “neopopulismo”, Quintero observa la importancia del “pueblo” en el surgimiento del fenómeno. Señala en el punto de inflexión de la reaparición del fenómeno, una situación previa de algunos países latinoamericanos de falta de líderes fuertes en medio de un contexto de pueblo atomizado sin discurso político, con carencias importantes y necesidades insatisfechas. En ese contexto, se propicia la aparición de líderes fuertes que interpreten las necesidades, más allá de la vieja apelación a los nacionalismos:

El viejo populismo del MNR (o “populismo nacionalista”), “se refería al pueblo como entidad política integral susceptible de ser portadora de la energía revolucionaria de la nación...”, mientras que, el “neopopulismo” invoca al pueblo como multiplicidad fragmentaria de cuerpos necesitados y excluidos (Quintero, 2005: 77).

En este sentido, el populismo aparece de nuevo con una característica retórica y política diferente, muchas veces asociado al neoliberalismo; lo que permite pensar que ya no sólo es un fenómeno que se relaciona con la izquierda, sino que va alimentar los discursos de los líderes de derecha; situación que remite a la convivencia entre populismo y apertura económica, populismo y privatización; etc. Los gobiernos que surgen en los años noventa con las disertaciones y políticas del Consenso de Washington, van apelar a la *democracia* como objeto de deseo y a la resignificación simbólica de las necesidades y carencias del pueblo atomizado; es decir van utilizar valores como: libertad, justicia, seguridad; etc., para invocar el apoyo de los seguidores. Banderas muy diferentes a las del pasado o a las de los “socialistas”, Chávez, Correa o Morales.

De esta manera, algunos teóricos van a describir el neopopulismo, como:

El concepto neopopulismo es en sí mismo complejo, aunque haya sido empleado convencionalmente para referirse a ciertos actores políticos que surgieron en América Latina en la década del noventa y continúan apareciendo en la primera del siglo en curso, es el caso de: Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Bucaram y Gutiérrez en Ecuador, Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia o Álvaro Uribe en Colombia. Algunos autores utilizan el término para caracterizar regímenes políticos con liderazgos fuertemente arraigados y personalistas, que en los años noventa ejecutaron las reformas macroeconómicas que exigía el credo neoliberal. Pero, el término ha sido acuñado para designar políticas económicas de un gobierno, partidos políticos nuevos o el estilo político de un líder en particular (Patiño, 2007: 59).

Desde esta perspectiva, entonces, y más allá del contenido ideológico del mensaje, es posible determinar que existen nuevos populismo en América Latina. Más allá de las consideraciones sobre la izquierda o la derecha, el populismo se convierte en una forma de conducir, si definimos la categoría como una estrategia discursiva y simbólica utilizada por algunos líderes políticos, para acceder al poder utilizando las palabra que el pueblo quiere escuchar, de acuerdo a las necesidades de las coyunturas políticas, económicas e históricas.

Más allá de lo cultural, el fenómeno debe ser atendido también desde los peligros que puede encerrar. Lo cierto es que en América Latina, muchos líderes han apelado al populismo para movilizar masas y acceder al poder, debilitando las estructuras de la democracia; tal es el caso de Uribe (Colombia), Fujimori (Perú). El problema entonces, va mucho más allá del discurso y de la relación del líder con su pueblo, más bien pone de relieve la persistencia de líderes fuertes con instituciones débiles en la región. Una cuestión que puede ser analizada caso por caso.

Conclusiones

Pasamos a enumerar algunas conclusiones sobre el populismo como fenómeno y sus características en América Latina:

1. A pesar de la amplia literatura de análisis y búsqueda de la definición de la categoría de populismo, está aún es ambigua y controversial, toda vez que la clasificación de sus formas, la manera en que se manifiesta y la delimitación de los gobiernos que presentan esta forma política. Todos elementos que redundan en la dificultad para establecer indicadores comunes que permitan determinar el rumbo anterior o actual del populismo ni como categoría en la filosofía política o como pragmática en las ciencias políticas.
2. Los populismos son, ya sea en su clasificación de clásicos, tardíos o contemporáneos, tipos de conducción que no logran consolidarse como una estructura política estable y dar solución a las condiciones sociales y económicas de las clases marginales, que apoyan y abanderan.
3. No se puede decir que las llamadas fases, familias o clases de populismo que surgen en el transcurrir del siglo XX y XXI en Latinoamérica son de características similares ya que cada una de ellas aparecen en condiciones históricas diversas, con cambios económicos que responden a reorganizaciones del mundo y situaciones sociales de contexto; en palabras de Borón “*claro que lo que regresa no es lo mismo*” (2010: 140). Aunque guardan sus similitudes son diferentes los procesos populistas de los años 30, los del neoliberalismo o los del siglo XXI.

4. Lo discursivo, lo retórico, lo simbólico y el líder carismático son efectivamente elementos constitutivos del populismo, pero el análisis discursivo de los líderes populistas amerita un estudio exhaustivo que interpele la posición del *pueblo, la masa o electores*; ya que no puede vérselos como un colectivo no pensante y fácilmente manipulable.
5. La categoría de pueblo en estrecha relación con la de populismo, necesita igualmente ser planteada de forma clara para comprender el rol que cumple en esta forma política; pues no puede verse solo como una masa sin condición emancipadora y de fácil dominación.
6. Es importante comprender que la categoría de populismo no puede asignarse de manera peyorativa y mucho menos en el escenario actual, que se hace su uso del concepto desde ciertos sectores, para invalidar y desconocer los procesos y avances de gobiernos en América Latina.

Referencias

Aibar, J. (2007), *Vox populi: populismo y democracia en Latinoamérica*, México, D.F. Ediciones FLACSO.

Ansaldi, W. & Giordano, V. (2012), *América Latina. La construcción del orden*. Tomo II. Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós.

Borón, A. (2012), “¿Una nueva era populista en América Latina?” En G. Hoyos (Ed.). *El eterno retorno del Populismo en América Latina y el Caribe* (pp. 131-158), Bogotá, Editores Universidad Javeriana y Clacso.

Conniff, M. (2003), *Neopopulismo en América Latina: ¿Fantasma o realidad?*, Santo Domingo, Ediciones Funglode.

De la Torre, C. (2013), “El populismo Latinoamericano entre la democratización y el autoritarismo” en *Revista Nueva sociedad No. 247*, pp. 120-137.

Dussel, E. *et al.* (2012), “Cinco tesis sobre el populismo” En G. Hoyos (Ed.). *El eterno retorno del Populismo en América Latina y el Caribe* (pp.159-179). Bogotá, Editores Universidad Javeriana y Clacso.

Dussel, E. (1983), “Hipótesis para elaborar un marco teórico de la historia del pensamiento Latinoamericano” en *Praxis Latinoamericana y filosofía de la liberación*, 14, 35-69.

Freidenberg, F. (2007), *La tentación populista en vía al poder en América Latina*, Buenos Aires, Editorial Síntesis.

Laclau, E. (2005), *La razón populista*, México, D.F., Editorial Fondo de Cultura Económica.

Quintero, R. (2005), *El mito del populismo*, Quito, Editorial Abda-Yala.

Patiño, L. (2007), *Del populismo al neopopulismo en América Latina*, Medellín, Colombia. Ediciones Universidad Pontificia Bolivariana.

Werz, N. (2012), “Populismos y democracia en América Latina” En G. Hoyos (Ed.). *El eterno retorno del Populismo en América Latina y el Caribe* (pp. 181-197). Bogotá, Editores Universidad Javeriana y Clacso.

Artículo recibido el 07/05/2015
Artículo aceptado el 29/06/2015